

Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

I Semana de Pascua

Lunes

Salmo 15

(Cfr. *Benedicto XVI, Audiencia general, 28 de septiembre de 2005*)

Protege, Señor, a los que esperamos en ti. Aleluya. El ejemplo de los antiguos patriarcas y profetas, enseña: "Se situaron bajo la protección de Dios, implorando su ayuda, sin poner su confianza en los esfuerzos que realizaban. Y la protección de Dios fue para ellos una ciudad fortificada, porque sabían que nada podían sin la ayuda de Dios, y su humildad les impulsaba a decir, con el salmista: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas".

Incluso ante el caos del mal, ante las tempestades de la historia y ante la misma cólera de la justicia divina, el orante se siente en paz, envuelto en el manto de protección que la Providencia ofrece a quien alaba a Dios y sigue sus caminos.

Al respecto, san Clemente Romano, observa: la protección, que Dios concedió a los antiguos padres, ahora llega a nosotros en Cristo: "Oh Señor, muestra tu rostro sobre nosotros para el bien en la paz, para ser protegidos por tu poderosa mano, y líbrenos de todo pecado tu brazo excelso, y de cuantos nos aborrecen sin motivo. Danos concordia y paz a nosotros y a todos los que habitan sobre la tierra, como se la diste a nuestros padres que te invocaron santamente en fe y verdad. (...) A ti, el único que puedes hacer esos bienes y mayores que esos por nosotros, a ti te confesamos por el sumo Sacerdote y protector de nuestras almas, Jesucristo, por el cual sea a ti gloria y magnificencia ahora y de generación en generación, y por los siglos de los siglos" (60, 3-4; 61, 3: Padres Apostólicos, BAC, Madrid 1993, pp. 234-235).

Nos fijamos en la expresión...*esperamos en ti, Señor*; y decir, podemos decir que, nuestra celebración litúrgica es fuente de esperanza para todos, porque implica centrar la atención en el acontecimiento de la muerte y resurrección de Cristo, fundamento de nuestra esperanza. El apóstol san Pedro afirma: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible" (1 P 1, 3-4).

El Resucitado es la fuente de nuestra esperanza y toda celebración infunde en el corazón del hombre el misterio de esperanza plenamente realizado en Cristo.

Por tanto, pongámonos siempre bajo la protección de Dios e imploramos su asistencia. Reconociendo la fugacidad de este mundo, con alegre esperanza esperamos el cielo y la tierra nueva, fieles a Cristo Rey, que se ha hecho redentor, hermano y protector nuestro. ¡Alabados sean Jesús y María!

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)